

ELIZABETH DELOZIER

LA
HERBOLERA
DE AVIÑÓN

Traducción de:

CARLOS MILLA E ISABEL FERRER



MAEVA

*Para mi madre y mi tía,
que han sido muy generosas con
su amor por la historia y la literatura.*

Ahora bajemos a mayor castigo;
caen las estrellas que salían cuando
eché a andar, y han prohibido entretenerse.

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto VII

1

Noviembre de 1347

EL SOL ESTÁ bajo cuando llego al bosque. Me detengo en lo alto de la cuesta y, arrebujándome en la capa para protegerme del viento, vuelvo la vista atrás hacia el camino por el que he venido.

Abajo, el río serpentea como una cinta de oro fundido en torno a la muralla de la ciudad. El campanario de color hueso de Notre-Dame des Doms se eleva por encima de los tejados como un dedo alzado al cielo; a su lado, el andamiaje del Palais Neuf cobra altura a diario. Incluso desde esta distancia resuenan por encima del agua los mazazos y las voces de los canteros. Cuando el papa Clemente VI llegó a Aviñón cinco años atrás, el palacio recién construido de su predecesor Benedicto XII no lo impresionó demasiado; no, el palacio de Clemente debía ser el más grande del mundo, el más vistoso.

Es una bendición hallarse fuera de la ciudad y respirar el aroma dulce de la tierra en lugar del olor a orina y a humo de leña. Con la cesta vacía colgada del brazo, me aparto del camino surcado de roderas de carreta y me adentro en la sombra moteada.

Podría recorrer con los ojos cerrados este sendero invisible por el que mi madre discurrió entre robles antiguos, dejando atrás murallas romanas en ruinas y olivares olvidados. En esta época del año anochece temprano en el bosque; debo apresurarme en

mi tarea para regresar antes de que las puertas de la ciudad se cierren al caer la noche.

A la sombra fresca de los robles crece la consuela. Veo las diminutas flores moradas y me arrodillo, extraigo el cuchillo de la cinturilla de la falda y corto los tallos esbeltos. Repaso la lista que tengo en la cabeza: consuela para las rodillas hinchadas de Anes, hinojo para el bebé alborotador de la panadera, poleo para mantener las pulgas a raya. Estas son implacables desde que empezaron las lluvias, y Margot me tiene en vela toda la noche de tanto rascarse.

Acordarme de ella me duele como una llaga en la boca. *Margot.*

Reproduzco en la cabeza nuestra discusión de esta mañana, desgastadas ya las palabras como cantos de río a fuerza de repetirlas.

—¿Por qué ha de ser él? —he preguntado yo mientras me paseaba por nuestra habitación como un gato—. Podrías tener a cualquiera, Margot. Cualquier mercader o abogado o médico. ¿Por qué ha de ser Erec Dupont?

Mi hermana gemela, sentada en nuestra cama, mantenía la espalda erguida y las manos entrelazadas.

—Porque lo amo —se ha limitado a decir.

—Y tampoco le haces ascos al hecho de que sea rico —he replicado.

—Eso no es justo —ha dicho, asomando el rubor a sus mejillas—. Sabes que no me caso con él por su dinero.

Dentro de escasos meses, Margot me abandonará y se marchará de nuestra cómoda casa en la rue des Lices para instalarse en la reverberante mansión de los Dupont, donde su futura suegra reina como una araña rencorosa y pálida. Sentada en el banco de nuestra familia en la iglesia, veré desde detrás la cabeza morena de mi hermana dócilmente inclinada junto a las esposas de otros mercaderes, su riqueza ostensible en el encaje de sus puños y las joyas prendidas de sus orejas. Y yo me remendaré las faldas, desecaré hierbas y prepararé tónicos, elaboraré ungüentos

para las quemaduras de cocina y reduciré fracturas de huesos. Será mi destino cuidar de mi padre cuando envejezca, contemplar cómo mi propio reflejo adquiere un aspecto cansino y arrugado.

—Todos esos años en que madre y tú ibais juntas al bosque, o visitabais casas, u os encorvabais sobre vuestras medicinas, ¿dónde estaba yo? —No se advertía ira en el gesto de su boca, solo una mezcla de dolor y sorpresa.

El recuerdo de un centenar de mañanas me asaltó como un sueño: los nudillos de madre contra la recargada puerta labrada de casa de los Dupont, el brillo del cabello claro de Erec en la penumbra del vestíbulo. Antes de que pudiéramos permitirnos contratar a Anes, Margot pasó muchos días en esa casa fría.

—Tú tenías a madre —ha proseguido mi hermana—. Y yo tenía a Erec.

—Podrías haber venido con nosotras —he dicho para eludir el sentimiento de culpa—. Nosotras te lo pedíamos, me acuerdo. Y viniste, una o dos veces.

Pero esas palabras me han parecido huecas incluso mientras las pronunciaba. He visto a Margot de pequeña con los ojos firmemente cerrados, agarrada a las faldas de madre con los puños apretados, cuando se la enviaba a esperar fuera con las demás criaturas de la familia mientras madre y yo traíamos al mundo a su nuevo hermano o hermana.

—Ya sabes que la sangre nunca ha sido lo mío, Ele —ha dicho Margot—. Pero sí me gustaba agarrar a los bebés en brazos.

Y lo que más temo es el día en que me llamen junto al lecho de Margot para atenderla como comadrona. Ruego a Dios que no muera como murió madre: empapando su sangre la colcha fina de su cama de matrimonio mientras yo, impotente una vez más, era incapaz de salvarla.

Un aullido traspasa el aire frío.

Me quedo paralizada. Escruto el bosque alrededor, alerta como un conejo, pero entre los árboles oscuros no se mueve nada. Cobran forma en mi cabeza imágenes de lobos de algún

libro de caballerías, pero en Aviñón no se ha visto ningún lobo desde hace décadas.

El animal aúlla de nuevo, un lamento grave y desesperado, que concluye con un gemido.

Procede del prado.

Meto la mano en la cesta, extraigo una maltrecha cuchara de hojalata que utilizo para desenterrar los bulbos de hinojo y la esgrimo ante mí como un arma. Doy unos pasos hacia delante, consciente de mi respiración ronca y de los chasquidos de mis botas en la tierra húmeda. Diez pasos. Veinte. Treinta. Llego a los delgados árboles y las manchas de luz dorada en el confín del bosque.

Hace mucho tiempo, algún campesino industrioso despejó ese claro. En medio del prado se alza el esqueleto de una casita sin tejado, sus paredes desmoronadas, y entre las piedras asoman plantas trepadoras semejantes al cabello de una mujer. Era el lugar preferido de mi madre. Y al lado de la casa, donde crece el hinojo, hay un lobo.

En un acto reflejo, me escondo detrás de un roble con el pulso acelerado. ¿Me ha visto? ¿Debo echar a correr? Me hallo a unos veinte pasos, pero si me muevo con sigilo...

El animal gime, un lastimero sonido canino que me conmueve. Haciendo caso omiso de lo que me dicta la sensatez, me asomo desde detrás del árbol.

La criatura no ha reparado en mi presencia. Atenta a algo que ve en la hierba, mantiene gacha la enorme cabeza. Examino los contornos de su cuerpo flexible, los cuartos traseros poderosos, la forma de la cabeza. Un perro, no un lobo, pero distinto de todos los perros que he visto hasta ahora. Este es un animal a medio camino entre sus antepasados salvajes y las criaturas amigables que se tumban debajo de las mesas y piden las sobras. Su pelaje negro se eriza como plumas entre los omóplatos abultados y tiene la cara larga y angulosa.

El perro vuelve a aullar. Con un vuelco en el corazón, caigo en la cuenta de que tiene una pata atrapada en un cepo.

He visto a víctimas de los cazadores furtivos en las tierras de la reina Juana —conejos, zorros, alguna que otra gineta—, pero nunca un animal vivo. Yacen con los ojos vidriosos, el hocico manchado de sangre por el esfuerzo de desprender a dentelladas la pata prendida, su preciada piel picoteada por los buitres.

Pronuncio una plegaria, vuelvo a guardar la cuchara en la cesta y abandono mi escondrijo para adentrarme en la luz dorada del prado.

El perro vuelve la cabeza, alertado por mi movimiento repentino. Da un salto hacia atrás y suelta un gáñido al hincársele el hierro de forma más profunda. Acallo el rumor de la sangre en mis oídos y apoyo una mano en el tronco del roble. Tiendo el brazo hacia el perro tal como me enseñó mi madre, imaginando las palabras y los actos.

«Hola, valiente criatura. Lamento tu dolor. No te haré daño. Puedo ayudarte, si me dejas».

El perro me devuelve la mirada, con las orejas hacia atrás contra el cráneo alargado. Me fijo en sus poderosos músculos, sus gruesas garras puntiagudas. Pero él —sí, es macho— permanece inmóvil. Está atento.

«Puedo abrir el cepo y soltarte. Pero debes confiar en mí».

Me sostiene la mirada con sus ojos salvajes durante el espacio de diez latidos. Luego, despacio, inclina la cabeza. Cuando vuelve a alzar la vista, el lobo ha desaparecido. Solo queda el perro.

Contengo el aliento y avanzo a través de la hierba seca.

Me arrodillo a corta distancia pero fuera de su alcance y sitúo la cara a la altura de la suya. No soy mi madre. Una vez libre, ese animal podría destrozarme la garganta y dejarme a su lado desangrándome entre las hojas caídas.

Levanto una mano poco a poco y la tiendo hacia él. Noto su aliento caliente en la cara; el olor de su pelaje mojado me invade la nariz. Da un respingo cuando le rozo el pecho con los dedos. Bajo el pelo tupido y los músculos, su corazón palpita dentro de su jaula de huesos.

Respira hondo. Distiende los hombros, relaja las orejas. Permanece quieto, y noto, bajo mis dedos, que su corazón se acompasa.

—Bien —susurro—. Buen perro.

Segura ya de que no va a hacerme daño, vuelvo a fijar la atención en el cepo. Bajo la pata del perro, en el centro del artefacto, hay una clavija. Si puedo desprenderla de su enganche, el cepo debería abrirse. Con delicadeza, con sumo cuidado, muy despacio, coloco la mano izquierda en la base del cepo para sujetarlo. Con la mano derecha, agarro el extremo de la clavija; está resbaladiza a causa de la sangre, que ha impregnado el metal. La envuelvo con el dobladillo de mi falda, la giro y tiro. La clavija empieza a deslizarse. La extraigo del todo, tomo aire de nuevo y, con un esfuerzo, separo las mordazas.

El perro vuelve a aullar cuando los dientes de hierro, llevándose consigo sangre seca y pelo, se desprenden de la pata. Con cautela, la levanta. El extremo le cuelga flácido, y a través de la herida se ve el hueso blanco. Intenta apoyar su peso en ella y deja escapar un gáñido. Sin pensarlo, tiendo las manos hacia él. Se da media vuelta y, cojeando, echa a correr y se adentra entre los árboles.

Temblorosa, me yergo y lo llamo con la voz más amable posible. Desenvuelvo la hogaza de pan que Anes ha insistido en que me lleve y la sostengo en alto para que la brisa arrastre el olor hacia el perro. Trazo un amplio círculo en torno a la casita con la esperanza de que reaparezca. Pero se ha ido.

Si yo fuese mi madre, habría vuelto junto a mí. Habría apoyado la cabeza en mi regazo, me habría permitido acariciarle las orejas. Me habría seguido hasta casa.

A mí los animales no me quieren, no como la querían a ella. Cuando estoy en el bosque, nunca veo, al bajar la vista, una serpiente enroscada a mi tobillo, como si disfrutase del contacto de mi piel bajo su vientre escamoso. Los ciervos no abandonan las sombras para apoyar su hocico aterciopelado en la palma de mi

mano abierta, como si yo fuese el sacerdote de Saint-Agricol, y mis manos agua bendita.

Pero a veces tengo la sensación de que alguien me sigue y, al echar una ojeada por encima del hombro, alcanzo a ver un gato que dobla la esquina, con la cola erguida. U observo a un pájaro que se posa muy cerca y después se aproxima a brincos, examinándome interesado con sus ojos de color negro vivo. No obstante, luego siempre pasa lo mismo: el gato sale corriendo con un bufido; el pájaro alza el vuelo y se va, advirtiéndome a sus amigos con sus trinos. No soy quien creían que era.

Intento desprenderme el dolor que se forma en mi pecho siempre que me asaltan los recuerdos de mi madre. Estos llegan sin previo aviso: estoy fregando los platos con Anes o paseándome entre los puestos del mercado con Margot y de repente me acuerdo. *Mi madre ha muerto*. La idea me recorre como el mistral del invierno y apaga todas las velas que he encendido para prevenirme.

Han transcurrido dos años vacíos desde que ella estaba aquí, caminando acompañada del vuelo de su falda, tarareando una balada, tocándome el brazo para señalarme algo que crecía y explicarme su uso, si lo tenía, o por qué convenía eludirlo. «Todo está en armonía —decía—. En cuanto entiendes eso, ya nunca te sientes sola. Mira alrededor. La tierra llama».

Y tal vez seguiría a mi lado de no ser por Mathilde Dupont, la madre de Erec.

Se levanta el viento, que desplaza con velocidad los nubarrones por el cielo. En el suelo, junto a la pared sur de la casita en ruinas, a resguardo del viento y la lluvia inminente, dejo la hogaza de pan y dos manzanas de mi cesta. Pensando que el perro tendrá que pasar esa noche lluviosa con la pata herida, me quito la capa de los hombros, la pliego en forma de cuadrado y la dejo junto a la pared con una oración a san Francisco para rogarle que el perro encuentre la ofrenda.

Me vuelvo hacia Aviñón para reunirme con padre y Anes. Y, todavía por un breve tiempo, con Margot.

Cuando ya casi he llegado al camino, caigo en la cuenta de que me he olvidado del poleo y maldigo entre dientes. Otra semana de picaduras de pulgas para Margot y de noches en vela para mí.

EL VIENTO INTRODUCE sus dedos fríos por los puños de mis mangas y el cuello de mi vestido cuando me uno a la aglomeración de gente que accede a la ciudad desde el Pont Saint-Bénézet. Los estandartes que penden sobre la puerta flamean de forma ruidosa, sacudidos por el viento: la triple tiara roja y blanca del papa, la flor de lis blanca y azul de la reina Juana. Los guardias, con sus uniformes de color escarlata, mantienen la mirada fija al frente; las empuñaduras y las vainas de sus espadas resplandecen bajo la última luz del día.

Ya traspasadas las murallas, el bullicio de la ciudad eclipsa todo pensamiento: los saludos de la gente y los gritos de los voceadores; los ladridos de los perros y los relinchos de las mulas; el traqueteo de las ruedas de las carretas sobre el adoquinado. Los habitantes de la ciudad van de aquí para allá por las estrechas calles sujetándose los sombreros para que no se los lleve el viento. Doblo por la rue des Lices cuando el destello del primer relámpago hiende el cielo.

Por las ventanas de la casa de la esquina salen voces junto con un olor a carne asada. Una risa atronadora: padre. Una ligera voz de contralto: Margot. Y una tercera voz, melodiosa y masculina: Erec.

Siento deseos de volver corriendo al bosque.

—¡Aquí llega! —anuncia padre cuando entro en nuestra casa, y se pone en pie con cierta dificultad; con los cambios de tiempo se le resiente la pierna maltrecha. Es un hombre delgado, que en su juventud fue todo un atleta, el corredor más rápido, el nadador más seguro, todo aquello truncado cuando su caballo metió una pata en una conejera y a padre le quedó la pierna atrapada

debajo de su montura. Mis padres se conocieron cuando el padre de madre —él médico, ella su joven ayudante— vino a tratar a mi padre. Ahora tiene el cabello ralo, pero conserva un rostro atractivo, todavía bronceado y juvenil pese a las horas que pasa encorvado sobre los libros de contabilidad del papa a la luz de las velas.

Margot y Erec se hallan de pie frente a él, el color de su piel y su cabello una atractiva yuxtaposición entre oscuro y claro. Siempre me olvido de lo alto que es Erec: aunque cuenta dieciocho años, uno más que Margot y que yo, en mi cabeza lo veo aún como un niño de ocho, o diez, o doce años, con las rodillas arañadas de subirse a los árboles o manchadas de barro del río, que tira manzanas a los transeúntes desde el tejado. Ese hombre de hombros anchos, vestido con excelente lana negra, es para mí un desconocido. Solo su pelo permanece igual desde la infancia: el mismo dorado claro que el de su madre.

—Llegas tarde —dice mi hermana, y una expresión ceñuda le ensombrece la frente—. Temíamos que te sorprendiera la lluvia.

Aunque éramos idénticas al nacer, a partir de los tres o cuatro años ya nadie nos confundía. Tenemos los ojos de padre, separados y avellanados, la nariz estrecha y recta por encima de una boca pequeña. Pero bajo el pico entre las entradas del cabello heredado de madre, la piel de Margot es pálida y lechosa, la mía es morena como la de padre y pecosa en la nariz y los pómulos. Cuando toco accidentalmente con mis ásperas manos a mi hermana por la noche mientras dormimos, siempre me sorprende su suavidad, la tersura de su piel y su carne bajo la camisola.

Tiendo los brazos para mostrarles que estoy seca.

—Como veis, he vuelto indemne.

—¿Dónde está tu capa? —pregunta Margot.

Me apresuro a buscar una respuesta. Ellos no entenderían lo del perro salvaje, que yo supiera que no me haría daño. Solo madre lo habría entendido.

—En el prado hacía calor —miento—. La he dejado colgada de una rama mientras recogía hierbas, y luego se me ha olvidado.

—Eso ha sido una tontería por tu parte. —Margot, reluciendo su complicada trenza, observa el cielo bajo por la ventana abierta—. De aquí a mañana se te habrá estropeado. Puedes usar la de madre hasta que tenga tiempo para coserte una nueva.

Por la tensión en su mandíbula, me doy cuenta de que sigue enfadada conmigo desde esta mañana, pese a lo cual mantiene un tono de voz afable en atención a Erec.

—¡Estamos de celebración! —exclama padre, exultante, y señala la jarra de vino y los vasos en la mesa.

Enarco las cejas en un gesto interrogativo, aunque, por el nudo que se me forma en las entrañas, ya conozco la respuesta.

—Margot y yo hemos acordado una fecha —explica Erec.

Mi hermana se vuelve hacia él y la felicidad se extiende por su semblante como un amanecer.

—Nos casaremos en primavera, cuando mi padre regrese de París.

Yo temía que se casaran antes. Pero la fecha está fijada. No deja de ser curioso, eso de temer la primavera.

Todos me miran fijamente, y me doy cuenta de que aún no he contestado. Enseño los dientes en una sonrisa.

—Qué gran noticia —digo—. Enhorabuena.

Padre se sienta en el banco con movimientos torpes.

—Siéntate, Ele —indica, y sirve más vino.

Desplazo la cesta en el brazo como si pesara, aunque solo contiene unos pocos ramitos de consuelda.

—Enseguida —respondo—. Antes voy a vaciar la cesta y a ver si Anes necesita ayuda con la cena.

Sin esperar la respuesta, atravieso el salón y luego recorro un estrecho pasillo que lleva a la cocina.

Anes, de espaldas a la puerta e inclinada sobre una olla puesta al fuego, prueba el contenido con una cuchara de madera. Cruzo

el umbral y dejó la cesta en la impoluta mesa de roble con un ruido sordo.

Anes se sobresalta y se golpea la cabeza contra la repisa de escasa altura.

—¡Ay! Perdona, Anes. —Me acerco rápidamente a ella, que se frota la frente.

—Por los clavos de Cristo, niña —espeta—. ¡Con el susto que me has dado por poco me caigo al fuego!

Le limpio la mancha de hollín de la sien e inspecciono la piel rosada debajo.

—Preveo que tendrás una recuperación milagrosa —digo con tono solemne, y le doy un beso ahí.

Me aparta.

—Hay que pelar esas zanahorias.

Dando gracias por la distracción, por tener algo en qué ocuparme, me pongo manos a la obra.

Anes guisa como hace todo lo demás, con ese amor provenzal por la sencillez unido a la pasión por la perfección. Ronda por la cocina como un hada regordeta, probando y echando sal y especias con fervor. El resultado siempre es delicioso.

A los diez años, Anes perdió a toda su familia a causa de la viruela. No heredó nada —sus padres habían sido aparceros—, así que la enviaron al convento más cercano y pobre para que la criaran las monjas. Pero siempre tuvo un don para la cocina. A los dieciséis años, dejó el convento junto con una joven baronesa cuya familia la retiró de la vida religiosa para casarla con un acaudalado vinatero. La muchacha pudo anular su voto de castidad contraído de por vida, pero no vivir sin las tartas de Anes.

Con los vaivenes de la fortuna, Anes fue saltando de casa en casa por toda la ciudad. Cuando Margot y yo teníamos once años, vino a vivir con nosotras y enseguida se convirtió en un miembro más de la familia. A pesar de las horas incontables que he pasado en la cocina con ella, carezco de su magia culinaria. Cuando enfermó el invierno pasado, preparé caldo de pollo

—plato con el que la he ayudado innumerables veces— pero, cuando le llevé una escudilla, tomó una cucharada y la escupió. Mi mejunje sabía a jabón.

Alzo la vista y veo que Anes, con las manos apoyadas en las anchas caderas, me examina.

—¿A ti qué te pasa? —pregunta, mirándome de arriba abajo—. ¿A qué viene esa cara tristoná?

—No es nada —murmuro—. Solo estoy cansada. He subido por la cuesta del monte Andaon.

—No me refiero solo a hoy. Durante las últimas semanas. Desde el compromiso.

—Es por tanta lluvia —miento, y coloco la última zanahoria pelada en el cuenco—. Mañana prepararé una infusión contra la melancolía. ¿Qué más hay que hacer?

Al cabo de veinte minutos, salimos, sudorosas, de la cocina con sendas bandejas pesadas. Anes ha preparado empanada de cerdo y manzana, con obleas y un baño de huevo que adornan el hojaldre dorado de la corteza; además, zanahorias hervidas y salteadas con mantequilla y tomillo, y sopa de calabacín y cebolla.

—Un olor delicioso, Anes —dice Erec, y le coge la bandeja de las manos con delicadeza. Ella le dirige una sonrisa radiante.

Ocupamos nuestros sitios en torno a la mesa: yo al lado de padre; Erec enfrente de mí, junto a Margot. Anes corta la empanada y nos sirve raciones generosas a todos; luego se disculpa. Como siempre cuando tenemos invitados, cena sola en la cocina.

Padre llena los vasos, sin aguar el vino de Margot ni el mío. Es su mejor caldo, un tinto intenso y complejo, reservado para las ocasiones más especiales. Padre está exultante. El hijo único del mercader de lanas más rico de la ciudad; ni en sus plegarias habría pedido un partido mejor. Margot, pese a su belleza, su dominio del latín, sus conocimientos de contabilidad doméstica aprendidos de padre y la perfección de sus labores de aguja, no deja de ser la hija de un notario papal y una comadrona muerta. Se disputaban a Erec Dupont para emparejarlo con sus hijas las

esposas de todos los burgueses e incluso algunas de las de los nobles menores. Pero él solo tenía ojos para Margot. La vestirá de terciopelo y seda, mantendrá su alacena llena de azúcar y especias, comprará carne todos los días de la semana. Poco importa la loca del piso de arriba, que le emponzoñará la mente.

Padre inclina la cabeza para bendecir la mesa.

—Bendícenos, Señor, y bendice estos dones tuyos, que recibimos de tu munificencia, a través de Jesucristo nuestro señor. —Hace una pausa—. Y gracias, Señor, por la inminente unión de Margot y Erec. Que sus vidas sean largas y felices, y bendícelos con muchos hijos. Amén.

—Amén —decimos al unísono a la vez que nos santiguamos.

Bebo un sorbo de vino, paladeo las uvas que maduraron bajo el sol intenso del verano, la tierra fértil y oscura en la que crecieron, y me trago la imagen de Margot tendida en la cama, pálida y bañada en sudor, mientras la sangre brota entre sus piernas.

—¿Qué se sabe de Allistair? —pregunta padre tras saborear con placer unos bocados de empanada.

Allistair Dupont, el primogénito de un tintorero de nivel medio, había sido bendecido con una buena cabeza para los números y una vista excelente para los tratos favorables. A los dieciséis años se hizo cargo del negocio familiar y pronto amplió una pequeña tienda en la rue des Teinturiers para convertirla en una empresa comercial de éxito con sucursales en París, Brujas y Lille. Su acceso por vía del matrimonio a la familia de Mathilde —una de las más antiguas de la Provenza— le procuró contactos en Navarra y Aragón cuando la guerra del rey Felipe impidió la compra de lana barata en Inglaterra. Es altivo, estridente y engreído. Mi madre lo despreciaba para sus adentros.

—Padre está bien —responde Erec a la vez que deja el tenedor—. Ha ido a Navarra para ultimar un contrato. Después viajará a París. Los rumores de enfermedad y malestar social han favorecido los negocios: la gente está comprando lana como si se acabara el mundo.

—¿Y Mathilde? —pregunta padre.

Noto la mirada de Margot fija en mí y me concentro en mi plato.

Erec toma un largo sorbo de vino.

—Madre está débil y afiebrada —contesta—, cosa que no es anormal en esta época del año. El doctor Laurent viene a diario a aplicarle sangrías. Dice que mejorará cuando cambie el tiempo. Pero no le baja la fiebre.

—No me lo habías contado —interviene mi hermana, preocupada—. Habría ido a verla.

—No quería alarmarte sin necesidad, amor mío. Está enferma muy a menudo. Pero esta dolencia parece distinta. —De improviso, Erec se vuelve hacia mí—. Tenía la esperanza de que Ele viniera a examinarla.

La comida se convierte en tiza en mi boca.

—No le baja la fiebre —repite él—. A ratos pierde el sentido de la realidad. Hoy ha llamado a Bietriz.

Me estremezco al oír el nombre de mi madre.

Miro de soslayo a mi hermana y percibo en su rostro mi propio desasosiego. Han transcurrido dos años desde la última vez que vi a Mathilde Dupont, retorcida entre sábanas teñidas de color escarlata. «Sé lo que eres». Y mi madre, con su amor profundo y comprensivo, la perdonó.

—Yo no soy mi madre —digo, mirando a Erec a los ojos azules—. Si su estado es tan grave como dices, deberías llamar a otro médico.

Él mueve la cabeza en un gesto de negación. En la preocupación que se trasluce en sus facciones alcanzo a ver un vislumbre del niño a quien yo conocía.

—La han examinado tres médicos. Padre incluso trajo uno de París. Las únicas medicinas que tuvieron un efecto duradero fueron las de Bietriz.

—Ele —dice padre con un tono de advertencia en su voz afa-
ble—. Seguro que tus demás pacientes lo entenderán. La enfermedad de *madame* Dupont parece grave.

—Soy consciente de lo que pido —interrumpe Erec con delicadeza—. Y no lo pediría si las circunstancias no fueran extremas.

Durante el año de cortejo de mi hermana, he hecho lo posible por eludir a Erec; al oír su voz, me alejaba de la puerta sin llamar la atención siempre que podía. Él nunca ha mencionado lo que ocurrió entre nuestras madres. Los lazos fraternales entre ellas rotos de la noche a la mañana, los posteriores rumores envenenados. Padre, como madre, perdonó a Mathilde, calificó de tragedia su deterioro mental y, cuando Erec se ofreció por primera vez a acompañar a Margot en el camino de regreso a casa los domingos después de misa, lo acogió con los brazos abiertos. Pero sin duda Erec intuye lo que pienso de su madre.

Al echar una ojeada en torno a la mesa, me encuentro con la mirada suplicante de mi hermana y la cara de decepción de mi padre.

—Ha preguntado por Bietriz —repite Erec—. Te lo ruego.

Y de pronto la voz de mi madre resuena en mi cabeza con la misma claridad que el tañido de una campana, vocalizando las palabras que pronunció aquella noche.

«Apiádate de ella, Ele. No sabe lo que hace. Es prisionera de su propia mente».

Pienso en el perro en el cepo, que habría roído los huesos de su propia pata para soltarse.

Tengo todas las hierbas para el tónico de matricaria. Por Margot, que pronto vivirá bajo el techo de Mathilde, por mi madre, que querría que yo aliviara el sufrimiento de su amiga, lo intentaré.

—No sé si mi ayuda servirá de algo —digo, y me arrepiento ya de mis palabras—, pero prepararé la medicina y pasaré por tu casa mañana.

—Gracias —responde Erec, visible el alivio en su semblante—. Gracias, Ele.

Se ve el destello de un relámpago por las ventanas abiertas, seguido del estrépito de un trueno. Por fin las nubes liberan su carga de lluvia.

Margot y yo nos levantamos de un salto y nos apresuramos a cerrar los postigos de ambos lados del parteluz. Cuando corro la falleba, Margot alarga el brazo y cubre mi mano con la suya. Retiro los dedos, incapaz aún de hacer las paces.

Reanudamos la cena. Durante un rato no se oye nada más que la lluvia contra las tejas de piedra y el tintineo de los cubiertos.

—Hay noticias de la reina Juana —dice padre con despreocupación.

Margot y yo cruzamos una mirada, olvidando por un momento la tensión entre nosotras. Juana, reina de Nápoles, Sicilia y Jerusalén; condesa de nuestra propia región, la Provenza, por su sangre capetiana; tataratataratataratataratanieta de mi tocaya, Leonor de Aquitania. Vehemente, famosa por su belleza, una mujer en un mundo de hombres, era la preferida de madre, la heroína de los cuentos que nos contaba al acostarnos.

—Se ha casado con Luis de Tarento...

Margot ahoga una exclamación.

—Sin la dispensa papal.

Se me atraganta la empanada.

—El papa Clemente está tan furioso que se ha recluso en su lecho toda una semana a causa de una indigestión, y el cirujano de Chauliac no sabe qué hacer para curarlo —concluye padre, y se rellena gustosamente el vaso.

Hace tres septiembres, el primer marido de la reina Juana, Andrés de Hungría, fue asesinado. Estrangulado y colgado de un balcón con los genitales mutilados, para ser exactos. Todo el mundo cree que Juana encargó su muerte. Ya de buen principio se casó con él solo para evitar la invasión húngara de Nápoles; siempre se dio por sentado que en realidad era Juana quien detentaba el poder en la región. Pero Andrés, hombre irascible y pueril, no se conformó con ser el consorte real y decidió que debía coronárselo rey.

Entiendo las razones de Juana para hacer una cosa así: existen pocas formas de salir de un matrimonio ingrato. Pero yo habría recomendado mayor sutileza en la ejecución.

—¿Qué hará el papa Clemente? —pregunta Margot—. ¿Los excomulgará?

Padre se echa a reír, a la vez que arremolina el vino en su vaso para que capte la luz.

—Qué va. No hará más que reconcomerse en sus aposentos. El papado se ha establecido en Aviñón por un antojo de Juana. Clemente tiene dos opciones: excomulgarlos y volver renqueante a las decrepitas ruinas de Roma para que lo asesinen como a Bonifacio VIII, o quedarse de brazos cruzados en su ridículo palacio nuevo y aguardar a que llegue el momento oportuno. Dicen que habrá un juicio.

—¿Un juicio? —repetimos Margot y yo al unísono.

Padre asiente con la cabeza.

—La reina Juana y su nuevo amante vendrán a Aviñón para someterse a juicio por el asesinato de su marido.

—Pero Andrés murió hace años —aduzco—. ¿Por qué se procesa a la reina ahora?

Padre se encoge de hombros.

—El papa no quería tomar partido. Pero Luis de Hungría, el hermano de Andrés, lo ha obligado a dar su brazo a torcer. Nápoles se precipitará a una guerra civil si el papa no se pronuncia.

Margot se sonroja de emoción. Nuestra intrépida reina en nuestra ciudad, la ciudad *de ella*, por primera vez. Se organizará un desfile. La veremos.

—Juana necesita el apoyo expreso del papado —interviene Erec—. Luis ha jurado vengarse de ella. Su ejército y él ya han tomado Alba. —Parecen palabras ensayadas, que probablemente ha oído a su padre—. Y se dice que tomará Nápoles en invierno. A menos que el papa declare inocente a Juana, los húngaros saquearán la ciudad y ejecutarán a la reina y a su amante.

—Puede que Luis de Tarento sea presa fácil —coincide padre, satisfecho de hablar de asuntos mundanos con un hombre—. Pero no es posible asesinar a la reina Juana. Eso Luis de Hungría lo sabe. Es el rey advenedizo de un reino de campesinos.

No posee ni el peso ni el pedigrí necesarios para alterar el curso del futuro de Europa.

La conversación pasa de la reina Juana a la interminable guerra entre Francia e Inglaterra, a los rumores de terremotos y enfermedades en Oriente. Adormecida por el estupor del vino y la comida, mi atención va y viene, e intento olvidar el temor que cobra forma en mi mente como las nubes de tormenta en el cielo. Mañana veré a Mathilde. Padre echa atrás la cabeza para reírse de un comentario de Erec: una risa grave y profunda que yo no oía desde hacía una eternidad. Margot, su piel reluciente como la luna, observa a Erec.

Anes entra con parsimonia para recoger los platos, y padre se aparta de la mesa. Caigo en la cuenta de lo tarde que es, de lo cansada que estoy.

—Os ruego que aceptéis mi agradecimiento por la cena de esta noche —dice Erec.

—Una boda como esta merece una celebración —contesta padre, y se levanta tambaleante. Su bodega está ahora más vacía que esta mañana—. Cuando regrese Allistair, debemos organizar una cena todos juntos. Ha pasado demasiado tiempo.

Estrecha la mano a Erec, se da media vuelta y sube con cuidado por la escalera hacia su habitación.

Erec coge su capa de la percha junto al fuego y da las buenas noches a mi hermana. Yo me concentro en recoger los platos, procurando no ver sus miradas anhelantes, la manera en que juntan sus manos como un hombre a punto de ahogarse que tiende el brazo hacia la orilla.

Me entretengo ayudando a Anes en la cocina con la esperanza de que Margot se duerma y yo pueda meterme en la cama a su lado, sin hablar. Una vez lavados y secados los platos, barrido el suelo de losas y dejado el pan de mañana junto al fuego para que suba la masa, asciendo finalmente por la escalera.

Bajo nuestra puerta se ve el parpadeo de la luz de una vela. Hago girar el picaporte y entro.

Margot, sentada en la cama, tiene abierto en el regazo el ajado ejemplar de *La Commedia* de madre, y el cabello suelto le cae sobre los hombros como seda natural. Me dejo caer con pesadez en la silla del rincón y me desato los cordones de las botas embarradas.

—Gracias —dice mi hermana en voz baja.

Me descalzo la media de un pie y eludo su mirada.

—Si tres médicos titulados no han podido curar a Mathilde Dupont, no sé qué va a hacer una herbolera. Pese a lo que pueda creer tu futura suegra, no tengo poderes sobrenaturales, tan solo las tinturas y el sentido común de madre.

Margot cierra el libro.

—¿Qué es lo que te pasa?

No contesto. Me quito la segunda bota y la empujo bajo la silla.

—Desde que Erec y yo anunciamos nuestro compromiso me has tratado muy mal. Te comportas como una niña.

—Y tú te comportas como un sabueso, esperando a su amo en la puerta.

Un golpe bajo. Lamento esas palabras nada más salir de mi boca.

—¿Es a Erec a quien desprecias? —pregunta Margot, su voz cada vez más aguda—. ¿O es a Mathilde? Porque te he dicho una y otra vez que *madame* Dupont es una mujer digna de lástima, no de miedo. Te aferras a ese odio porque viene bien tener a alguien a quien responsabilizar. No es culpa de ella que madre muriera, Ele. Y tú lo sabes.

—Es culpa de ella que madre muriera sin la atención de un médico o una comadrona —replico—. Sin más ayuda que la de una niña asustada.

Margot suspira y alza la vista al techo con cara de resignación. En la luz vacilante, se parece tanto a madre que un dolor me traspasa el pecho.

—Ya hemos hablado de esto un centenar de veces. Nadie podría haberla salvado. El bebé era demasiado grande.

—¿Y el padre Loup? —espeto—. ¿Acaso no repitió las mentiras de Mathilde cuando, junto al lecho de muerte de madre, la maldijo?

Veó la espalda alargada y encorvada del sacerdote, su hedor a una vejez falta de higiene imponiéndose al olor de la lluvia, la lavanda y la sangre.

«Si no estuviera ya agonizando, la quemaría yo mismo, y en cuanto a ti, muchacha, ya te llegará tu hora. El diablo ha hundido en ti sus garras, lo veo».

Alcé la vista y advertí que mi hermana me observaba. De pronto la expresión de su rostro me lleva a sentirme muy joven.

—Se ha marchado. —La vehemencia ha abandonado la voz de Margot—. Lo han destinado a Arles, ¿recuerdas? Quizá haya muerto. Ya sabes lo que decía madre. Ataja ese odio antes de que te emponzoñe. Ya es hora de dejar atrás el pasado.

Muy dentro de mí, una voz me dice en susurros que mi hermana tiene razón. Pero madre no está aquí. Su cuerpo yace bajo las losas de Saint-Agricol; su alma inconfesa, si hay que creer a los sacerdotes, vaga por las llanuras del purgatorio.

Margot apaga la vela y se hace un ovillo bajo las mantas. Yo me quedo sentada como una tonta en la oscuridad por un momento; a continuación, me levanto y, al despojarme de la ropa, siento un escalofrío bajo la camisola fina. Aparto la sábana y me tiendo de espaldas a Margot, ocupando el mínimo espacio posible en el colchón.

Más allá de la zona fría y exigua que separa nuestras espaldas, mi hermana se duerme. Escucho el ritmo del corazón que, durante tres estaciones, creció junto al mío en el mar rojo de nuestra madre. «Hogar —susurra ese corazón—. Hogar. Hogar».

La echaré de menos como los muertos echan de menos respirar.